

La diferencia entre la cirugía estética y la regeneración

Acabo de leer atentamente el interesante artículo “*Nuestra encuesta de cada día*”, publicado por el periodista Lluís Foix en su blog, el pasado 8 de febrero.

Destaco de su artículo una reflexión capital, desde mi punto de vista: "La cultura y el conocimiento no mejoran la calidad democrática ni tampoco la moralidad de los actos públicos. El pueblo más culto, más melómano, con pensadores más profundos, una gran literatura, fue capaz de protagonizar las mayores barbaridades de la historia contemporánea. Ay de las ilusiones y entusiasmos en política".

Sabemos a lo que se está refiriendo y comparto su toque de atención. Los vientos que soplan ahora en el panorama político español, y también en el catalán, vienen alimentados por un denominador común: la indignación frente a los resultados de las formas perennes de hacer política. Creo oportuno recordar que esta indignación existe porque tenemos la crisis económica que tenemos (profunda y prolongada), no porque de repente la sociedad haya emergido de un sueño lánguido de complacencia o porque haya recibido un curso intensivo de interés por la cosa pública o por el compromiso social. Tengamos claro que sin la dureza de la crisis que estalló en 2008 no estaríamos ahora hablando de lo que estamos hablando, ni el bipartidismo estaría amenazado como parece estarlo ahora, ni cuestionada la forma de hacer negocios en nuestros bancos y cajas, ni denunciadas con tanta contundencia y exposición pública las corruptelas que siempre han existido. Me temo que viviríamos como antes de la crisis, con una actitud ciudadana que, mayoritariamente y con contadas excepciones, consintió o avaló con su voto la forma de hacer las cosas de nuestra clase dirigente, a nivel nacional o a nivel autonómico.

Nos previene el Sr. Foix de la relatividad del valor de disponer de una sociedad culta y formada, de que eso no es garantía de una sociedad mejor. El ejemplo que utiliza es eficaz y devastador. Lo sabemos. Aunque este apunte lo enmarca en un análisis más general sobre la dialéctica entre los nuevos y los viejos partidos, sus discursos y las expectativas que generan, yo lo considero un tema central, quizás el tema más central de todos los temas centrales que pudieran ilustrar la época de dificultades y zozobra en que estamos inmersos desde hace casi seis años. Y afirmo también que no es un tema de corto recorrido sino que se proyectará sin miramientos en el medio y largo plazo que nos espera, sea cual sea la salida que se dé a la presente encrucijada.

Dedico pues mis presentes pensamientos a este tema central. Al respecto, tengo tendencia a pensar tres cosas, que presento en orden creciente de importancia:

1.- Que una cultura elevada no puede limitarse a unos pocos (a una minoría intelectual e ilustrada y a una élite con capacidad de pagarse el acceso a esa cultura) y que el control del poder por estas minorías es tanto más difícil cuanto mayor es el número de personas cultas;

2.- Que una hipotética mayoría social culta y formada (con buenos estudios, buenas competencias técnicas y científicas, etc) tampoco es garantía de una sociedad 'buena', 'comprometida' o 'justa', es decir, dotada de principios y valores acordes con lo que se entiende por ser buenas personas o buenos ciudadanos (perfiles que no creo que tuviéramos problema en ponernos de acuerdo en cuanto a sus principales rasgos definitorios);

3.- Que el camino hacia una sociedad 'buena' es un camino de regeneración profunda de valores, no una simple regeneración de la democracia, del sistema electoral, de los mecanismos de funcionamiento o de control de las instituciones, etc, etc. Todos estos enfoques (que son los que hoy escuchamos en boca de los partidos 'viejos' pero también de los partidos 'nuevos' que han irrumpido en el panorama para 'romper con lo viejo') apenas inciden en la superficie del problema, se quedan en lo instrumental. Son otras las competencias en las que hay que incidir. El camino para lograrlo requiere claridad de enfoque.... y mucha paciencia.

¿A qué me refiero? A una regeneración social que utilice como palanca el sistema educativo y que empiece por la base de la pirámide generacional, nuestros niños y jóvenes. Es ahí donde hay que empezar a sembrar las semillas para propiciar un cambio del paradigma social, económico y político que nos ha conducido a la deriva simultánea de nuestro país. Sobre este asunto, enmarcado en la actual crisis institucional nacional y el conflicto Catalunya/España, he reflexionado de manera más amplia en un reciente ensayo¹.

Creo honestamente que la moralidad de los actos públicos (y con ello la calidad de nuestra democracia) mejorará en la medida en que seamos capaces

¹ Francisco J. Lozano, [Por la Vía de la Regeneración](#), Editorial Círculo Rojo, 2014.

de formar a nuestros niños y adolescentes, desde sus primeros pasos en la escuela, en la comprensión de unas disciplinas transversales a cualquier otra disciplina, como son la ética y la defensa del bien común, y en el dominio de una serie de habilidades relacionales, como la empatía, la comunicación y la capacidad de escucha, la reflexión y el espíritu crítico, que actúan como soporte general de cualquier otra competencia específica. Y creo que con estas componentes sería algo más difícil que una nación emocionalmente inteligente y éticamente instruida fuera capaz de repetir las barbaridades a las que el Sr. Foix se refería, o de perpetuar la mediocridad social y política que tantas veces la ciudadanía ha revalidado con su voto.

La demoscopia nos alimenta de cifras con las que medir las tendencias de cambio en el territorio de los ‘votados’ o destinatarios del voto, pero no nos dice apenas nada de los cambios cualitativos en los ‘votantes’ o emisores del voto, más allá de sus hábitos, perfiles, ubicación social o preferencias. Nada acerca de sus conductas o principios. Los cambios que las encuestas vaticinan tienen la virtud de remover las aguas, movilizar a unos y a otros, obligar a reprogramar o contraprogramar. Pero poco más. Espero expectante un discurso que aborde las claves de nuestra deriva social y proponga acciones y herramientas para su mejora. Sería, es, un discurso incómodo, desagradecido, porque se saldría de la zona de confort de la crítica a la política y a los políticos y se introduciría en el áspero terreno de la autocrítica de nuestros comportamientos como ciudadanos. Lo dicho, un discurso incómodo y de escaso rédito electoral. Pero sigo esperándolo. Si no, correremos ahora, como siempre antes, el riesgo de volver a cambiarlo todo para no cambiar nada. Y es que no es lo mismo cambiar la política que cambiar la sociedad, como no es lo mismo confundir la cirugía estética con la regeneración.

Francisco J. Lozano
10.02.2015